

CONFESIONALIDAD ANGLICANA

Segundo libro de Homilías

1563

MUESTRA

Índice

Homilía IX, sobre la oración común y los sacramentos
en una lengua que entiendan los oyentes (comienzo)

Tapa blanda, 7 × 10 pulgadas, 408 páginas.

Páginas tal como se imprimen en el libro.

librodeoracioncomun.com

Índice

Introducción a esta edición	1
Una advertencia a todos los ministros eclesiásticos	2
I. Homilía del recto uso de la iglesia o templo de Dios, y de la reverencia que se le debe	3
II. Homilía contra el peligro de la idolatría y el excesivo ornato de las iglesias	17
III. Homilía sobre la reparación, la limpieza y el adorno decoroso de las iglesias	104
IV. Homilía de las buenas obras, y en primer lugar del ayuno	109
V. Homilía contra la gula y la embriaguez	125
VI. Homilía contra el exceso en el vestir	136
VII. Homilía o sermón sobre la oración	146
VIII. Homilía del lugar y el tiempo de la oración	165
IX. Homilía en la que se declara que la oración común y los sacramentos deben administrarse en una lengua que entiendan los oyentes	176
X. Instrucción para quienes se ofenden por ciertos pasajes de la Sagrada Escritura	189
XI. Homilía de las limosnas y la misericordia hacia los pobres y necesitados	203
XII. Homilía o sermón sobre la natividad y el nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo	218
XIII. Homilía para el Viernes Santo, sobre la muerte y pasión de nuestro Salvador Jesucristo	229
XIV. Homilía de la resurrección de nuestro Salvador Jesucristo para el día de Pascua	247
XV. Homilía sobre la digna recepción y la reverente estima del Sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo	258

XVI.	Homilía acerca de la venida del Espíritu Santo y de sus múltiples dones. Para el Domingo de Pentecostés	270
XVII.	Homilía para los días de la Semana de Rogativas: que todas las cosas buenas vienen de Dios Exhortación que ha de pronunciarse en aquellas parroquias donde acostumbran hacer sus recorridos en la Semana de Rogativas para la inspección de los linderos y límites de sus pueblos	285 306
XVIII.	Homilía del estado del matrimonio	312
XIX.	Homilía contra la ociosidad	324
XX.	Homilía del arrepentimiento y de la verdadera reconciliación con Dios	332
XXI.	Homilía contra la desobediencia y la rebelión voluntaria La oración Acción de gracias por la supresión de la última rebelión	355 365 398

HOMILÍA IX

Homilía en la que se declara que la oración común y los sacramentos deben administrarse en una lengua que entiendan los oyentes

Entre los múltiples ejercicios del pueblo de Dios, amados cristianos, no hay ninguno más necesario para personas de toda condición y en todos los tiempos que la oración pública y el debido uso de los sacramentos. Porque en la primera pedimos a Dios todo lo que no podemos obtener de otro modo, y en el segundo él nos abraza y se ofrece para que lo abracemos. Sabiendo, pues, que estos dos ejercicios nos son tan necesarios, no nos parezca fuera de lugar considerar primero qué es la oración y qué es un sacramento, y después cuántas clases de oración hay y cuántos sacramentos; así entenderemos mejor cómo usarlos bien.

San Agustín nos enseña qué son. En su libro titulado «Del espíritu y el alma» dice esto de la oración: «La oración es», dice, «la devoción de la mente, es decir, el retorno a Dios por un afecto piadoso y humilde, afecto que es una cierta inclinación voluntaria y dulce de la mente misma hacia Dios».¹ Y en el segundo libro contra el adversario de la ley y los profetas llama a los sacramentos «signos sagrados».² Y escribiendo a Bonifacio sobre el bautismo de los niños, dice: «Si los sacramentos no tuvieran cierta semejanza con aquellas cosas de las que son sacramentos, no serían sacramentos en absoluto. Y por esta semejanza reciben, por lo general, los nombres de las cosas mismas que significan».³ Por estas palabras de san Agustín se ve que él aprueba la descripción común de un sacramento: que es un signo visible de una gracia invisible; es decir, que pone ante los ojos y ante los demás sentidos externos la acción interior de la misericordia gratuita de Dios y, por así decirlo, sella en nuestros corazones las promesas de Dios. Así, la circuncisión era un sacramento que predicaba a los sentidos externos el corte interior del prepucio del corazón, y que

¹ Pseudo-Agustín, *De spiritu et anima*, 50.

² Agustín, *Réplica al adversario de la Ley y los Profetas*, 2.34.

³ Agustín, *Cartas*, 98.9.

sellaba y aseguraba en los corazones de los circuncidados la promesa de Dios sobre la simiente prometida que esperaban.

Veamos ahora cuántas clases de oración y cuántos sacramentos hay. Las Escrituras hablan de tres clases de oración, de las cuales dos son privadas y la tercera es común. La primera es aquella de la que habla san Pablo en su epístola a Timoteo cuando dice: «Quiero que los hombres oren en todo lugar, levantando manos puras, sin ira ni contienda»,⁴ y es la elevación devota de la mente a Dios sin expresar en voz alta el dolor o el deseo del corazón. De esta oración tenemos un ejemplo en el primer libro de Samuel, en Ana, la madre de Samuel, cuando, con el corazón afligido, oró en el templo deseando ser fecunda. «Ella oraba en su corazón», dice el texto, «pero su voz no se oía».⁵ De esta manera deben orar todos los cristianos, no solo una vez a la semana o una vez al día, sino, como escribe san Pablo a los tesalonicenses, «sin cesar»,⁶ y como escribe Santiago: «La oración continua del justo puede mucho».⁷

La segunda clase de oración es aquella de la que se habla en el Evangelio de Mateo, donde se dice: «Cuando ores, entra en tu aposento secreto y, cerrada tras ti la puerta, ora a tu Padre en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará».⁸ De esta clase de oración hay varios ejemplos en las Escrituras, pero bastará citar uno, que está escrito en los Hechos de los Apóstoles. Cornelio, hombre devoto, capitán del ejército italiano, dice a Pedro que, «mientras estaba en su casa en oración, a la hora novena, se le apareció alguien con vestidura blanca, etc.».⁹ Este hombre oró a Dios en secreto y fue recompensado públicamente. Estas son las dos clases de oración privada: una mental, es decir, la elevación devota de la mente a Dios; y otra vocal, es decir, expresar en secreto con palabras las penas y los deseos del corazón, pero, aun así, en un aposento secreto o en algún lugar solitario.

La tercera clase de oración es la pública o común. De esta oración habla nuestro Salvador Cristo cuando dice: «Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa, cuanto pidiereis lo hará por vosotros mi Padre que está en

⁴ 1 Timoteo 2:8.

⁵ 1 Samuel 1:13.

⁶ 1 Tesalonicenses 5:17.

⁷ Santiago 5:16.

⁸ Mateo 6:6.

⁹ Hechos 10:1-2, 30.

los cielos; porque dondequiera que dos o tres estén congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos».¹⁰

Aunque Dios ha prometido oírnos cuando oramos en privado, con tal que se haga con fe y devoción (pues dice: «Invócame en el día de tu angustia, y yo te oiré»,¹¹ y «Elías, no siendo más que un hombre mortal», dice Santiago, «oró, y el cielo se cerró por tres años y seis meses; y otra vez oró, y el cielo dio lluvia»),¹² las historias de la Biblia muestran que la oración pública y común es la más eficaz delante de Dios. Por eso es muy lamentable que no se la estime más entre nosotros, que profesamos ser un solo cuerpo en Cristo.

Cuando la ciudad de Nínive estaba amenazada de destrucción en un plazo de cuarenta días, el gobernante y el pueblo se unieron en oración pública y ayuno, y se salvaron.¹³ En el profeta Joel, Dios manda que se proclame un ayuno y que se congrege al pueblo, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, y se les enseña a decir con una sola voz: «Perdónanos, oh Señor; perdona a tu pueblo, y no pongas en oprobio tu heredad».¹⁴ Cuando todos los judíos iban a ser destruidos en un solo día por la malicia de Amán, ayunaron y oraron por mandato de Ester, y se salvaron.¹⁵ Cuando Holofernes sitió Betulia, por consejo de Judit ayunaron y oraron, y fueron librados.¹⁶ Cuando Pedro estaba en la cárcel, la congregación se unió en oración, y Pedro fue librado de manera prodigiosa.¹⁷ Por estas historias se ve que la oración común o pública tiene gran fuerza para obtener de nuestro Padre celestial misericordia y liberación. «Así que, hermanos, os ruego», esto es, «por las entrañables misericordias de Dios»,¹⁸ dejemos de ser negligentes en esto. Al contrario, como pueblo dispuesto a recibir de la mano de Dios los bienes que se piden en la oración común de la iglesia, unámonos en el lugar de la oración común y, con una sola voz y un solo corazón, pidamos a nuestro Padre celestial todo lo que él sabe que nos es necesario.

No les prohíbo la oración privada, pero los exhorto a estimar la oración común como merece. Y, ante todo, asegúrense de que en las tres clases de oración sus mentes

¹⁰ Mateo 18:19-20.

¹¹ Salmos 50:15.

¹² Santiago 5:17-18.

¹³ Jonás 3:4-10.

¹⁴ Joel 2:15-17.

¹⁵ Ester 4:16.

¹⁶ Judit 8:17-27.

¹⁷ Hechos 12:5-12.

¹⁸ Romanos 12:1.

se eleven devotamente a Dios; de lo contrario, sus oraciones no sirven de nada, y se cumplirá en ustedes este dicho: «Este pueblo de labios me honra, pero su corazón está lejos de mí».¹⁹

Hasta aquí lo dicho sobre las tres clases de oración de las que hablan las Escrituras.

Ahora, con la misma brevedad o aun con más, oirán ustedes cuántos son los sacramentos que instituyó nuestro Salvador Cristo y que todo cristiano debe conservar y recibir en el tiempo y el orden debidos, y para el fin con que nuestro Salvador Cristo quiso que se recibieran. En cuanto a su número, si se consideran según la significación exacta de un sacramento, es decir, como signos visibles mandados expresamente en el Nuevo Testamento, a los que va unida la promesa del perdón gratuito de nuestro pecado, así como de nuestra santidad y unión en Cristo, no hay más que dos: el bautismo y la cena del Señor. Porque, aunque la absolución tiene la promesa del perdón del pecado, según la palabra expresa del Nuevo Testamento no tiene esta promesa unida y ligada al signo visible, que es la imposición de manos. Pues este signo visible, quiero decir, la imposición de manos, no está mandado expresamente en el Nuevo Testamento para usarlo en la absolución, como lo están los signos visibles en el bautismo y en la cena del Señor; por tanto, la absolución no es un sacramento en el mismo sentido que el bautismo y la comunión. Y aunque la ordenación de ministros tiene este signo visible y una promesa, le falta la promesa del perdón del pecado, como les falta también a todos los demás sacramentos. Por tanto, ni ella ni ningún otro sacramento son sacramentos en el mismo sentido que el bautismo y la comunión.²⁰

Pero en una acepción general, el nombre de sacramento puede atribuirse a cualquier cosa por la que se significa algo santo. En este sentido de la palabra, los escritores antiguos han dado este nombre no solo a los otros cinco, que en los últimos años se han tomado y usado comúnmente para completar el número de los siete sacramentos, sino también a otras ceremonias diversas, como el óleo, el lavatorio de los pies y otras semejantes, sin querer con ello considerarlas sacramentos en la misma significación que los dos sacramentos antes nombrados.²¹ Y por eso

¹⁹ Isaías 29:13; Mateo 15:8.

²⁰ Un ejemplar de la primera edición (1563) conserva la redacción primitiva de este pasaje. Decía solo que, en sentido estricto, los sacramentos son dos: el bautismo y la cena del Señor. La hoja se volvió a imprimir con dos añadidos. Uno es la definición de sacramento («signos visibles mandados expresamente en el Nuevo Testamento...»). El otro es todo lo que se dice de la absolución y de la ordenación. Griffiths (1859) atribuye esta corrección a la autoridad de la reina Isabel I.

²¹ Pseudo-Dionisio Areopagita, *Jerarquía eclesiástica*, 4.1; Bernardo de Claraval, *Sermón en la Cena del Señor*, 2.